



LA UNIVERSIDAD Y EUROPA. SOBRE LA PARADOJA DEL CACTUS

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1995-96
POR

MANUEL MENÉNDEZ ALZAMORA

DOCTOR EN DERECHO
Y PROFESOR
DEL CENTRO UNIVERSITARIO
SAN PABLO CEU

28 DE NOVIEMBRE DE 1995

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

Hace ochenta y tres años, un joven profesor que recientemente había alcanzado la cátedra universitaria se disponía sobre estas alturas del año a enfrentarse a un acto académico del mismo linaje que el que hoy yo inicio. Se trataba en su caso del discurso de apertura del curso académico 1912-13 de la Universidad Literaria de Oviedo, el profesor en cuestión era D. Federico de Onís y Sánchez. En mi caso, y sin querer en vano ponerme a su altura, sí que quisiera en este momento inicial situarme a la de quienes me han designado para este acto, agradecer tan importante consideración y anotar que me gustaría ser valorado, si lo fuera positivamente, como un representante del conjunto de profesores que imparten docencia en los centros universitarios de la Fundación San Pablo en Valencia.

Ni la juventud, ni la prudencia, ni la diplomacia, ni el sobrecogimiento que produce hablar engarabitado desde esa especie de ambón que es el púlpito universitario, se aliaron en D. Federico de Onís para regalar los oídos del ilustrado auditorio con un fácil rendibú. Se disponía a demostrar que la institución objeto de su discurso de apertura no existía. No existía la universidad española, estábamos en las etapas preliminares de su auténtica constitución. Antes de concluir en tan desoladora como atrevida tesis, yo diferenciaría dos aspectos de su razonamiento.

En primer lugar, nos afirma que la Universidad es el "órgano supremo de la cultura de un pueblo" en el sentido de fiel reflejo de la altura intelectual de este, es decir, la Universidad "no es más que un órgano que recoge las energías espirituales existentes, en sus máximas manifestaciones (...) y las encauza y las fomenta produciendo su difusión y continuidad"¹. En su opinión dos son los fines simultáneos

¹ ONÍS, Federico de. *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1912-13*, Oviedo, Establecimiento Tipográfico, 1912, p. 13.

de esta: la producción de ciencia y la formación de nuevos científicos. De manera accidental la Universidad instruye debidamente a quienes van a ejercer profesiones civiles, pero esto nunca debe ser su función esencial, puesto que si así lo fuera dejaría de ser productora de ciencia y se convertiría en "depósito" de conocimientos.

En segundo lugar, si la auténtica Universidad deviene como producto natural en las sociedades cultas, Federico de Onís se afana en demostrar que la española no lo era. "Somos, sobre todo, huérfanos de la cultura" nos afirma tajantemente. Para entender en su pleno sentido el hondo y complejo contenido de esta frase debemos situarnos en el contexto en el que se enmarca. Estamos situados en las postrimerías del conflicto finisecular, del drama del 98. La pérdida de las últimas colonias en Cuba y Filipinas nos coloca en el momento más bajo de una crisis presentida, anunciada. La derrota militar no venía sino a certificar la defunción de una conciencia nacional lastrada por un sistema político obsoleto cuyo enquistamiento disfrazaba el más mínimo atisbo de representatividad; además, estábamos ante un país sustentado por una economía débil y desituado en el contexto internacional.

El drama colonial se convertía en símbolo al cargarse de elementos sentimentales, suponía el adiós definitivo a un pasado pleno de protagonismo, y a modo de subasta judicial final reunía a toda la familia ante la liquidación del último remilgo de la otrora esplendorosa herencia. La crítica que a los principios inmutables de la metafísica realiza Heidegger se funda en la necesidad de aproximarse al sentimiento de la muerte como requisito para validar la fundamentación ontológica de nuestro ser. Sólo por tanto desde el fin podemos, según el filósofo alemán, adentrarnos en los condicionantes de nuestro ser; pues bien, en clave heideggeriana, el fenecer español atrincherado en el fin de siglo desencadenó un autodiagnóstico colectivo que, aunque diversificado, siempre ponía en el horizonte de los interrogantes la cuestión: ¿Existe realmente España?

Ante este problema debemos situar a una primera oleada de regeneracionistas que influidos por un positivismo al alza y bajo la influencia de la sistemática racional de Krause basaron su argumentación en un análisis pretendidamente científico de la realidad española. Sobre abruptas consideraciones en torno a nuestra economía

agraria, nuestra demografía o la lenta industrialización, se entreveía la fundamentación de la decadencia española. Algunos de estos padres del regeneracionismo krausista dieron un paso más al ligar estas terribles profecías sobre los males del suelo ibérico con condicionantes de otro tipo, llamémosles psicológicos. En este nuevo orden de cosas se debía incluir ciertos hábitos de la por aquel entonces denominada "psicología nacional". Al carácter baldío de las tierras castellanas que tanto llorara Julio Senador había que añadir un demostrado desapego del español por el trabajo organizado y continuado. Muy al hilo de ciertas corrientes psicologistas que explicaban desde la biología la existencia de caracteres prefijados, parecía que el hombre español estaba más abocado a la bravucada genial que a labor sistematizada. Explicábase de esta forma el porqué esta tierra fue tan generosa en conquistadores, exploradores y personajes autodidactas y más bien parca en filósofos y figuras de otros gremios alumbrados bajo algún tipo de método, incluido el científico. Desde un punto de vista estrictamente personal, siempre recuerdo con especial desazón las visitas escolares a alguna de esas casas-museo que celebran en recónditos parajes de nuestra geografía los desoladores inicios juveniles de alguna de nuestras egregias figuras nacionales. Con ritual satisfacción se nos explicaba como desde misérrimas condiciones se había alumbrado un personaje universal, cuando lo desalentador era intuir la caterva de genios que hubiera deparado un país no guiado por la tan generosa generación espontánea.

Descrito con singular amargura el estado de carosis, de profundo adormecimiento de la energía nacional, este primer regeneracionismo debía completar el circuito que une el diagnóstico de los males con la siempre voluntariosa ofrenda de curaciones. Don Joaquín Costa, acostumbrado a tratar con los males de la política hidráulica, se adentró en el terreno clínico y bajo fórmulas como el recurso al "cirujano de hierro" esbozaba la necesidad de disciplinar a esta sociedad. No se trataba de una posición prefascista, como se ha interpretado desde algún punto de vista, sino más bien de una llamada desesperada a la vertebración ante la frustrante imposibilidad de sanear un sistema profundamente corrompido.

Lo que en definitiva se buscaba era una doble solución para la doble causa de la decadencia española, la material y la existencial. Costa supo resumirlas con enjundia cuando cifró la salvación nacional

en la "despensa y la escuela". Dejando a un lado la necesidad de despensa, es decir, de medios generosos de subsistencia como condicionante básico del desarrollo nacional, debo atender al segundo objetivo: la educación. Costa es el padre de toda una generación de regeneracionistas, a la que pertenece Federico de Onís, que hizo suyo el lema de que es imposible que un pueblo analfabeto pueda poner en práctica, siquiera rudimentariamente, los usos políticos que la democracia liberal contemporánea ponía al servicio de las naciones de la Europa occidental. Así lo vieron hombres cultos que se lanzaron a la tarea de fundar escuelas y de importar los modelos docentes más avanzados, fundando la moderna pedagogía española.

Federico de Onís es claro deudor de estos planteamientos cuando dibuja su demostración de la inexistencia de la Universidad española. Sin raíces que extraigan con vitalidad la cultura de un pueblo, sin ser el auténtico espacio en el que las inquietudes espirituales obtienen respuesta, la Universidad ha funcionado a golpe de genio. Y de igual forma que tan sólo él recordaba de toda su etapa formativa la docencia de algunos profesores, la Universidad española ha sido la de Nebrija, la de fray Luis de León o la de Torres Villarroel, o más adelante lo será la de Menéndez Pidal, Unamuno u Ortega. No ha habido Universidad, pero sí grandes, solitarios y egregios universitarios.

No obstante, y a riesgo de dejar de ser abogado de Onís por breve momento, creo que a nadie de los que hemos sentido la vocación universitaria nos es ajeno el deseo de ser discípulos del gran maestro. Algunos hasta hemos idealizado su función. Cuando en 1976 murió Heidegger, el profesor Emilio Lledó recordaba su primer encuentro de estudiante con el pensador alemán: "Esperábamos oír al filósofo de Sendas Perdidas, enredado en la magia de su propio lenguaje, divagar sobre el ethos y el destino. Su voz, sin embargo, con una claridad y precisión inolvidables, nos llevaba segura por los recodos aristados de Kant, en lenguaje de contornos exactos sin concesión alguna al lujo o al exceso. Una lección prodigiosa de la mejor filosofía académica tras la que se vislumbraban años de rigor, de potencia mental, de disciplina, de talento"².

² LLEDÓ, Emilio. *Días y libros*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994, p. 55.

De vuelta a la lección de Onís, allí se da un paso más y se trata de descubrir las razones de una Universidad con tantos altibajos intelectuales. Es cierto que la Universidad no ha sabido encauzar la riqueza espiritual de un pueblo desafecto a la cultura, pero el origen de esta impostura lo sitúa en el tránsito de la sociedad medieval a la moderna, etapa en la que la Universidad se aleja de las corrientes centrales del pensamiento. En este momento histórico, mientras florece en Europa un humanismo de nuevo cuño, España y su Universidad se marginan, según la tesis del catedrático ovetense, de las sendas culturales europeas. El mal no estaba en el dominio de determinadas ideas, sino en que "lo típico de la mente española era usar de ellas como de coraza para defenderse de otras ideas posibles, en vez de usarlas como luz para satisfacer la curiosidad del espíritu y avanzar en la conquista de la verdad. El mal no estaba en las opiniones existentes, sino en la pétrea cerrazón contra toda opinión nueva. Y la historia del pensamiento humano es la historia de las opiniones nuevas"³.

Hannah Arendt ha sintetizado de manera magistral los dos tipos de cuestiones ante las que se enfrenta todo científico. Para ello toma y asume la distinción kantiana entre Vernunft y Verstand. El primer concepto hace referencia a la "razón" y busca el significado especulativo de las cosas, mientras que el segundo se refiere al "intelecto" y persigue la verdad analítica de las mismas⁴. A partir de aquí podríamos diferenciar, en primer término, las cuestiones definidas como empíricas y que se interrogan por el funcionamiento de la naturaleza o del universo. A diferentes escalas el hombre se ha preguntado sobre el porqué del arco iris o por el número de partículas elementales; en ambos casos, la respuesta, cuando se logra, es una, sometida a un único criterio de verdad y aceptada pacíficamente por la comunidad científica.

En segundo término, las cuestiones hermenéuticas indagan sobre dudas de diferente naturaleza y que hacen referencia a las razones de lo que es bueno o malo, justo e injusto, recomendable hacer o

³ ONÍS, Federico de. *Op. cit.*, p. 52.

⁴ *Vid.*, ARENDT, Hannah. *La vida del espíritu*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984, pp. 25 a 27.

deseable omitir. Aquí se parte de la evidencia de que el ser humano es múltiple en sus posibilidades y que podemos especular sobre los diferentes caminos a seguir⁵. En este momento desaparece la frontera entre lo verdadero y lo falso y entramos en la dinámica de lo mejor y lo peor, lo deseable y lo odioso. Creo yo, más allá de la globalización de Hannah Arendt, que muchos de nuestros males actuales se derivan de la interesada y eficaz mezcla de ambos tipos de interrogantes. Así, cuando sobre la realidad física descargamos criterios especulativos ponemos en marcha una eficaz fábrica de pseudociencias. Por contra, cuando nos empeñamos en imponer criterios únicos de verdad o falsedad sobre cuestiones especulativas podemos engendrar fundamentalismos de toda estirpe o modas sagradas pero quizás también efímeras. Pienso que la Universidad es precisamente ese espacio regulador en el que ambos tipos de cuestiones reciben su adecuado tratamiento y en donde la búsqueda de la verdad ora en su sentido instrumental, ora en su vertiente valorativa, debe encontrar su verdadero significado.

Creo que Federico de Onís denunciaba acertadamente la existencia de una Universidad cerrada en la que, como antes he recordado, verdad y significado, en el sentido que les da Arendt, no eran buscados sino utilizados. Cuenta la broma amable la situación en que un cactus pregunta a otro: ¿Conoces el lenguaje de los hombres? Por supuesto, le contesta el segundo; todos dicen ¡ay! La visión única y el monopolio de lo cierto son incompatibles con el sentido auténtico de libertad sin en el que no hay conocimiento posible. El verdadero hombre universitario ha de saber escuchar todas las lenguas y saber contemplar todos los colores dado que es libre, y precisamente Europa es el modelo en donde se respira con energía este universalismo.

Esta necesidad de enfrentarse al conocimiento en libertad generó, en tiempos de Federico Onís, dos posiciones que reflejan y explican la manera radical y divergente con la que los españoles nos hemos enfrentado históricamente a muchos de nuestros problemas. De un lado, ese sentido de universalidad se reclamaba a través de una apertura máxima en el diafragma del saber, lo que nos conducía

⁵ Vid., PAREKH, Bhikhu. *Pensadores políticos contemporáneos*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 16 a 18.

a Europa, lugar en el que se situaba el estado más puro, avanzado y libre del conocimiento. Cuando Unamuno sentencia: "España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados"⁶ señala que el fondo de lo que uno es como pueblo o como persona no puede descubrirse desde la cerrazón o desde la asfixia, "hay pueblos -afirma en este sentido- que en puro mirarse al ombligo nacional caen en sueño hipnótico y contemplan la nada"⁷. Al contrario, sólo se puede ser auténtico cuando uno es capaz de conformarse, colegirse en libertad frente a los demás; "venga la inundación de fuera, la ducha" exclama Unamuno invitándonos a que abramos "de par en par las ventanas al campo europeo para que se oree la patria"⁸.

En sentido contrario, frente a este europeísmo se anteponía un casticismo de rancia tradición que basaba su proyecto en la exaltación de lo propio como genuino y universal, y usaba la estrategia del particularismo que aumenta el valor de las cosas por la proximidad de las mismas. Precisamente el discurso de Federico de Onís generó una interesante polémica en la prensa nacional que escenifica muy bien este sentido. Ante el acerado contenido autocrítico del discurso de Onís responde J. Pin y Soler, intelectual catalán, director de la Biblioteca d'humanistes que por aquellas fechas acababa de publicar la traducción catalana de *La Utopía* de Moro. Sin poner demasiadas trabas a los argumentos de fondo, Pin y Soler propone una exaltación sin miramientos de lo patrio. Qué es eso de dar nosotros mismo armas al enemigo, ¡jamás!, en su opinión el chauvinismo es una fuerza y reprende furiente a nuestro crítico profesor: "¡Si viera usted los libritos que leen los niños en las escuelas francesas! (..) no hay Geografía elemental que no empiece con el consabido: Mis queridos niños. Como vosotros sabéis, Francia es el país más bello del mundo..."⁹. En la polémica intervendrá Azorín en el intento de poner calma de por

⁶ UNAMUNO, Miguel de. *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza, 1986, p. 139.

⁷ *Ibíd.*, p. 140.

⁸ *Ibíd.*, p. 140.

⁹ PIN y SOLER, J. "Carta abierta. Un concepto de patriotismo" en: ONÍS, Federico de. *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1932, p. 268.

medio y se preguntará sobre la dificultad de hacer compatibles una enérgica propaganda exterior de nuestras excelencias y la delación, interior y pública, de nuestros males. El novelista alicantino proponía un cuerpo especial de "aduaneros literarios" que sólo dejaran exportar panfletos idílicos, y cerraran las puertas a la exportación de cualquier denuncia nacional.

Este casticismo particularista contempla sus últimos días con el fin de siglo y cuando Costa reclama la "doble llave al sepulcro de Cid" nos exhorta a enterrar para siempre los mitos fáciles, nos invita a romper la máscara superficial con la que nos hemos engrandecido a través de los siglos y a enfrentarnos sencilla y racionalmente con la realidad que nos rodea, que no es otra que la de un estado que se desmorona.

Unamuno, en las antípodas de la etapa cosmopolita antes reseñada, descenderá desde 1905 a los contraideales de la nueva regeneración, y en este nuevo orden de cosas proclamará: "Hay que deseuropeizarse. Cada día me parece más petulante, más necia, más transitoria y más vana eso que llaman civilización moderna. Debo de tener espíritu medieval y de ello me felicito"¹⁰. Solitario, extrañado, afectado por alguna muerte muy cercana escribirá, "yo me voy sintiendo furiosamente antieuropeo. ¿Qué ellos inventan cosas? ¡Invéntelas! La luz eléctrica alumbrará aquí tan bien como donde se inventó"¹¹.

En esta huida alcanza un punto que para mi explica el orden mental, el sentido último que Unamuno dió a todas las propuestas en las que se comprometió: alejado de las medias tintas, sentimental, siempre algo aspaventado y con ciertas vetas de irracionalismo, llegará a reclamar, cual Quijote, la españolización de Europa. Creo que desconocía la anécdota de Nietzsche que al opinar en una ocasión

¹⁰ Carta de Miguel de Unamuno a Hipólito Gómez Pinilla, 30 de noviembre de 1902, en: *ABC*, Madrid, 27 de diciembre de 1986, suplemento literario, p. 7.

¹¹ Carta de Miguel de Unamuno a José Ortega y Gasset, Salamanca, 30 de mayo de 1906, en: *Epistolario completo Ortega-Unamuno* (Laureano Robles ed.), Madrid, El Arquero, 1987, pp. 41 y 42.

sobre los españoles exclamó: ¡los españoles! ¡los españoles! He aquí hombres que han querido ser demasiado¹².

Por contra Ortega, fiel heredero del notario aragonés, afiló un refinado sentido crítico ante estos los grandes mitos españoles. Así don Quijote, más que emblema nacional aparece calificado por el filósofo madrileño como un ser poco inteligente, que "posee ideas sencillas, tranquilas, retóricas, que casi no son ideas, que más bien son párrafos"¹³ y cuya única virtud es la de ser un esforzado. Algo parecido ocurre con Don Juan "que amaba al amor y no amaba a ninguna mujer"¹⁴ y que si representa algo es ese querer el querer sin querer jamás ninguna cosa. El filósofo madrileño, ya lanzado en esta nueva perspectiva, se prestará a destruir sin piedad otro de los pilares de nuestra alma hispánica: El Escorial. Este símbolo de la grandeza española no lo es sino de aquello que más nos ha caracterizado: la falta de ideas. En efecto, en su opinión, el monasterio es el prototipo estético de la vacuidad, que en este caso es disimulada por la "manera grande". Mientras que todas las obras emblemáticas de la arquitectura portan un contenido que las trasciende, El Escorial es lo grande por lo grande; es un "fastuoso sacrificio de esfuerzo"; expresa nuestra "penuria de ideas, pero, a la vez, nuestra exhuberancia de ímpetus". Para el filósofo queda así representada "la genuina potencia española (...), es el esfuerzo aislado y no regido por la idea de un bravío poder de impulsión, un ansia ciega que da sus recias embestidas sin dirección y sin descanso"¹⁵.

Fruto de este ímpetu regenerador y europeizante es la creación en 1907 en el ámbito del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno liberal del marqués de Vega de Armijo, de una institución que a mi parecer tuvo un papel muy relevante en la apertura a Europa de la España de Federico de Onís. Me refiero a la Junta para Ampliación de Estudios que nace, según la Exposición de Motivos de

¹² Vid., ORTEGA y GASSET, José. *Obras Completas*, vol. II, Madrid, Alianza, 1983, p. 557.

¹³ *Ibid.*, p. 559.

¹⁴ *Ibid.*, p. 557.

¹⁵ *Ibid.*, p. 558.

su Real Decreto creador, para sacar provecho de la "observación directa e íntimo roce con sociedades disciplinadas y cultas; de la vida dentro de instituciones sociales para nosotros desconocidas, y del ensanchamiento, en suma del espíritu, que tanto influye en el concepto total de la vida. Para ello hay que enviar al extranjero el mayor número de pensionados".

Presidida por don Santiago Ramón y Cajal los miembros de la Junta lo eran por estricto valor científico; precisamente una de las claves de su éxito fue su sólida y absoluta autonomía académica. La primera tarea que abordará será la dotación de becas y pensionados, tanto para profesores como para alumnos. Esta será la función más conocida, pero no era la única; la Junta, por ejemplo, centralizaba las relaciones con países extranjeros en lo relativo a los asuntos educativos.

Después del gobierno largo de Maura, la Junta iniciará una etapa de expansión en la que más allá de la política de pensionados en el extranjero, tratará de reintegrarlos a España y asentarlos dentro de nuestras fronteras. Se crearán de esta forma el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias y la Asociación de Laboratorios; pero el fruto más emblemático de esta nueva etapa es el nacimiento de una institución que marcará la historia intelectual de nuestro país: la Residencia de Estudiantes.

Como se explica en la Exposición de Motivos de Real Decreto de 6 de mayo de 1910, la Residencia vendría a remediar los males que se derivan cuando "los lazos de solidaridad y de compañerismo colectivo entre los estudiantes, son muy escasos o casi nulos; apenas existen instituciones escolares que fomenten la fraternidad y el estudio, y los alumnos se ven y se tratan solamente en el tiempo que permanecen en las aulas". Se trataba de potenciar la fraternidad estudiantil y dotar a los jóvenes de complementos como buenas bibliotecas, contacto con eminentes conferenciantes o la práctica del deporte. Situada en la calle Fortuny, el rápido crecimiento hace necesario el traslado: en 1914 se empiezan a construir las instalaciones de la calle del Pinar, y en octubre de 1915 estarán ciento diez jóvenes ya instalados en los altos del Hipódromo.

Bajo la dirección de Jiménez Fraud, heredero directo del espíritu gineriano, la institución supo buscar hábilmente los mecanismos

para lograr sus propósitos así, por ejemplo, el Comité Hispano-Inglés, iniciativa del embajador británico y del duque de Alba, traerá a la Residencia conferenciantes de la altura de Keynes, Chesterton o Wells. La Sociedad de Cursos y Conferencias, creada en 1924 por el propio Fraud, llevará al salón de actos de la Residencia a Julien Benda, Paul Caludel, Max Jacob, Le Corbusier, Marinetti o Paul Valery, por sólo destacar las personalidades extranjeras. Los lazos de amistad que unían a alguno de los más emblemáticos componentes de la generación del 27, Lorca, Buñuel y Salvador Dalí, nacieron a la sombra de los chopos de la calle del Pinar.

La Junta para Ampliación de Estudios y la Residencia ponen en escena el nuevo espíritu de una Generación y abrigan una solución al estigma planteado por Onís en su lección inaugural al encauzar una apertura cultural hacia Europa. Tachadas en ocasiones de elitistas, ambas instituciones, y el proyecto en el que se inspiraron, cumplieron ampliamente con el fin que las alumbraba: romper los moldes ideales en los que vivía la inteligencia nacional e integrar en los cauces generales de la ciencia y el pensamiento a la cultura española, en ambos casos el destino era Europa. Pusieron en marcha el colosal proyecto de hacer cambiar una universidad sostenida en tres grandes maestros y una ciencia en manos de cuatro quijotes. Qué significa esto, pongamos un ejemplo, cuando Ortega viaja a Alemania a completar su formación inserta un anuncio solicitando cambio de conversación, a través de este mecanismo entra en contacto con Max Funke, un joven estudiante alemán que conoce varias lenguas y que estudia zoología, botánica, astronomía, mineralogía y etnografía. La primera impresión no es buena, de él dirá en la correspondencia que mantiene con sus padres que es un "hombre tan tonto como un alemán lo es cuando a ello se pone"¹⁶, o que "tiene tan poca imaginación que mis chistes en alemán (excuso decirte) le vuelven loco (...), se retuerce (...), y me dice (...): ¿caballe-go tiene usted muy bueno ombga!"¹⁷.

¹⁶ Carta de José Ortega y Gasset a su padre, Leipzig, 28 de abril de 1905, en: ORTEGA y GASSET, José. *Cartas de un joven español*, (Soledad Ortega ed.), Madrid, El Arquero, 1991, p. 134.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 119.

Ortega cuenta a su padre desde Leipzig el nacimiento de la amistad y le pregunta: "¿Sabes cuál es el único proyecto de la vida de este hombre? hacer, ayudado por el Estado, andando los años, un viaje al Tíbet y hacer de él un libro, viaje científico desde luego. Para ello se prepara desde los quince años en que cayó en sus manos un libro del explorador danés Sven Hadin"¹⁸. El filósofo queda sorprendido ante la posibilidad de que un joven de su misma edad pueda construir su vocación con tan dilatada perspectiva, queda sorprendido ante el sentido universalista de la cultura y de la formación universitaria, y frente a este panorama afirmará: "He llegado a pensar que una raza tiene tanta más energía cuanto mayor número de cosas inútiles sea capaz de hacer"¹⁹.

Algunos años más tarde, en 1912, escribirá: "Hoy leo con frecuencia en la Frankfurter Zeitung artículos de Max Funke sobre asuntos del Tíbet"²⁰. Frente a este modo de ser abiertamente europeo, Ortega observa que el español medio vive ajeno a su vocación natural y obsesionado por el escalafón, por ser funcionario a pesar y por encima de sus aptitudes, "mas no es lo peor que sean tan pocas las maneras de vivir entre las que puede elegir el español venido al mundo -afirmará-. Mucho peor es que siendo tan pocas sean tan rígidas"²¹.

Resulta fácil señalar ahora que el espíritu de la Residencia conecta muy directamente con el sentido último de las palabras de nuestro joven catedrático al que hemos hecho protagonista de nuestro discurso. La evidencia se hace más sólida si destacamos que Federico de Onís fue uno de los muchos brazos de los que se ayudó Jiménez Fraud para dar vida a su proyecto, y junto a Juan Ramón Jiménez y José Ortega fue responsable de las publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

¹⁸ *Ibid.*, p. 112.

¹⁹ *Ibid.*, p. 113.

²⁰ ORTEGA y GASSET, José. "Pío Baroja. Anatomía de un alma dispersa" en: *Meditaciones sobre la literatura y el arte* (E. Inman Fox ed.), Madrid, Castalia, 1987, p. 170.

²¹ *Ibid.*, p. 170.

Además fue protagonista y colaborador de algunas de las actividades de la misma. El 5 de noviembre de 1915, Federico de Onís imparte una denominada, muy a lo anglosajón, "lectura" a los estudiantes de la Residencia bajo el marbete de "Disciplina y Rebeldía", un título por cierto con más sabor a fuego de campamento o a manual de boy-scout que a tertulia universitaria. El sentido de las mismas parecía abocado a ser una reflexión sobre la tarea de la nueva juventud culta y universitaria. Algunas de las ideas de la lección inaugural de Oviedo rebrotan aquí de nuevo con fuerza. Para Onís la llamada juventud es la etapa iniciática en la que nos aproximamos a la realidad de una manera muy específica, "para el joven, como para el niño, cuanto le acaece, acaece por primera vez"²², se trata del momento de los primeros descubrimientos, de las verdades iniciales y, como todo lo primero, nos es dado envuelto en un halo especial, "todos -afirmaríamos nuestra ciencia del mundo y del hombre, por aquellas primeras verdades elementales en que empezamos a entrever el orden y claridad del mundo"²³.

El deber del joven es abrirse a todos los caminos, recorrer todas las sendas antes andadas, "todo aprendizaje es una repetición: volver a vivir, a saber, a sentir, en incesante renovación, lo que otros hombres han vivido, sabido y sentido (...). Vivir el joven, es aspirar a serlo todo"²⁴. Ahora bien, esta apertura máxima ante lo exterior no la concibe Onís desde el juicio previo o desde la superioridad, sino desde la disciplina. En efecto, la "tendencia a la dispersión en el mundo ajeno", requiere de "un sentimiento de amor, de admiración, de sumisión -un sentimiento de disciplina-, que mantiene nuestro espíritu abierto a todos los influjos exteriores"²⁵. Cuando define el aprendizaje como "una peregrinación de doctrina en doctrina"²⁶, remite a la disciplinada asunción de cada una de ellas, a penetrar en la ley que explica la naturaleza de las mismas.

²² ONÍS, Federico de. *Disciplina y Rebeldía*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915, p. 22.

²³ *Ibid.*, p. 26 y 27.

²⁴ *Ibid.*, p. 30.

²⁵ *Ibid.*, p. 37.

²⁶ *Ibid.*, p. 40.

Superada la juventud y alcanzada la madurez la tarea será la de formar la auténtica personalidad individual a partir de la base intelectual adquirida. Aquí no solamente es lícito elegir, sino que es lo abiertamente recomendable, bien entendido que "nadie puede decir que ha abandonado una doctrina sin haber creído en ella, ni una mujer sin haberla amado"²⁷. Ahora, en el momento de formarse el individuo como persona, se impone la rebeldía, aunque no se puede ser rebelde cuando nada se es, o como afirma Onís: "No hay personalidad fuerte, sino tras una juventud al parecer pródiga y desperdigada, capaz de vivir intensamente el campo multiforme y variadísimo de la vida"²⁸. A continuación les indicará: "Cuanto más os hayais dispersado por el mundo de las cosas, más rica y más plena será la orientación de vuestra personalidad. No hay personalidad creadora ni obra valedera -ni siquiera en el orden puramente intelectual- sino sobre un substratum henchido de vida y de emoción"²⁹. Al final resume sus palabras remitiéndonos a la voz religiosa eterna: "Señor, te entrego mi vida (...). He vivido, he amado, he sufrido, y no sabía por qué. Pero he seguido fielmente los impulsos que tú pusiste en mi corazón"³⁰.

Onís reclama a los jóvenes de la Residencia lo mismo que había dejado estupefacto a Ortega en Leipzig: una extrema permeabilidad del interés que nos haga hacernos aventureros tras descubrir a Sven Hadin o que nos involucre en la más original de las vocaciones si libremente así lo decidimos; en definitiva, un sentido libre y universal de la existencia personal.

Conecta al final del todo con el sentido de algunas ideas plasmadas en otra lección inaugural, la del curso 1900-01 de la Universidad de Salamanca; impartida por su catedrático de Literatura Griega, D. Miguel de Unamuno. Allí, en uno de sus últimos párrafos, en donde con más intensidad arenga a los estudiantes salmantinos, afirma: "Sumergíos en la vida a verla con visión especulativa y desinteresada, a dejaros empapar en realidad inmediata y actual con pureza de intención, sin pedirle más de lo que pueda daros ni exigirle argu-

²⁷ *Ibid.*, p. 47

²⁸ *Ibid.*, p. 38.

²⁹ *Ibid.*, p. 49.

³⁰ *Ibid.*, pp. 50 y 51.

mentos para soluciones de antemano trazadas a medida de nuestros deseos"³¹.

Algunos meses antes, una fría noche de enero de 1915, Eugeni d'Ors había protagonizado otra de las lecturas en la Residencia de Estudiantes, en este caso titulada "Aprendizaje y heroísmo". Creo que el mensaje último de Onís y d'Ors coinciden aunque las formas nos presentan a este último mucho más radicalizado, es por ello muy posible que la lectura del primero fuera una respuesta a la del segundo. En opinión de d'Ors no cabe formarse un personalidad cultural si antes no se actúa sobre un fondo de conocimiento previo, amplio y consistente. En este sentido afirma: "Para que el interés se despierte por algo, es necesario, como previa condición, algún conocimiento de lo que llega a interesar; no siendo acaso el interés, sino la traducción efectiva de aquel conocimiento (...). No sabemos las cosas porque anteriormente nos hayamos interesado en ellas, sino que nos interesamos por ellas, porque antes las hemos hasta cierto punto, sabido"³².

D'Ors incide de manera principal en la adquisición de este conocimiento del joven en formación y, frente a la libre aunque disciplinada búsqueda a la que remitía Onís, reclama un sentido mucho más estricto de la educación, "tal vez -afirma- ya es hora de rehabilitar el valor de esfuerzo, del dolor, de la disciplina de la voluntad, ligada, para decirlo de una vez, no a aquello que place, sino a aquello que desplace"³³. En este orden de cosas, d'Ors ataca sin piedad al modelo pedagógico del Emilio de Rousseau, de donde afirma "han salido la ralea infinita de las blanduras modernas". Se trata, en su opinión, de un modelo caduco: "Cuantos, con preocupaciones ochocentistas y sometidos a la superstición de lo espontáneo, han querido llevar hasta su extremo lógico la metodología de lo razonable, de lo intuitivo, de lo fácil, de lo atrayente, del interés sin conocimiento previo, han tenido

³¹ UNAMUNO, Miguel de. *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1900 a 1901*, Salamanca, Imprenta de Francisco Núñez Izquierdo, 1900, p. 15.

³² D'ORS, Eugenio. *Aprendizaje y Heroísmo*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915, p. 37.

³³ *Ibíd.*, p. 39.

que confesar, si son sinceros, su fracaso...³⁴. Frente a este ejemplo, rescata d'Ors la educación del Gargantúa de Rabelais, en donde observa un estallido del espíritu heroico de la educación y del aprendizaje.

De la proclama de Onís sobre la necesaria mirada a Europa que debe latir en la Universidad a las reflexiones del mismo Onís y de d'Ors sobre la grandeza, rebelde y heroica, del conocimiento y el aprendizaje. De la Europa universitaria que sorprende a Ortega a la necesidad de un auténtico encuentro con la verdad, casi en clave popperiana, que Onís fundaba en la libertad, en el sentido plural del saber. En este recorrido que les he tratado de plantear queda peraltado el sentido último de la Universidad, y no es otro que su carácter fontanal que nos aleja de la condición unívoca de la hermenéutica del cactus y nos abraja en la búsqueda de la verdad. Les ánimo humildemente en esta tarea que no es pacífica ni tranquila, que reclama energía y ejecución. O como explicaba el filósofo: "Todo lo grande se encuentra en la tormenta", son palabras de otra lección académica, en este caso las que Heidegger toma del sexto libro de la República de Platón para cerrar su discurso de acceso al rectorado; palabras con las que me permito cerrar el juego intelectual que ha vertebrado mi discurso.

Afirma el refrán africano que cuando la memoria va a buscar leña, siempre selecciona los mejores troncos. Que este año que ahora se inicia quede en las zonas más frondosas de nuestra memoria y sirva para hacer fuego, denso y profundo, con el que moldearnos como personas cultas y libres.

He dicho.

³⁴ *Ibid.*, pp. 44 y 45.